

ANÁLISIS DEL CONCEPTO DE IDENTIDAD NACIONAL

POR JOAQUÍN BLANCO ANDE

La identidad nacional del pueblo español, ha variado en el decurso histórico. Su carácter, forma de vida, su manera de pensar, de enfocar los problemas, sus concepciones religiosas, políticas, económico-sociales, etc., han ido variando a lo largo de los siglos. Los rasgos identificadores del español del siglo XX, no son iguales que los del siglo XV o XVI.

Afirma Américo Castro, que hace dos mil años, ni en España, ni en Francia, ni en Italia, ni en muchos otros países había un común denominador de conciencia colectiva sobre el cual quepa situar a los habitantes de hoy, y también a quienes moraban en aquellas tierras hace milenios. A lo largo de ese tiempo hubo diferentes unidades de vida colectiva, es decir, sentida por diferentes unidades de vida colectiva. Cada una de éstas trató de subsistir, de continuar hablando o escribiendo la misma lengua, de denominarse del mismo modo, de sentirse una. Pero la unidad de conciencia colectiva duró más o duró menos, abarcó mayor o menor extensión territorial, y a la postre se desvaneció. Ya no hay ligures, ni etruscos, ni romanos, ni celtíberos, ni galos por que serlo no se basa en ninguna característica biológica o psíquica, sino en saberse estar perteneciendo a un grupo de gentes que se llaman como uno, en estar incluso en una dimensión de vida que rebasa el área de la persona individualizada en un yo.

Según Julián Marías, hay ciertas historias nacionales que parecen brotar con una facilidad casi automática. España suele vivir, en cierto modo, a

contrapelo. Piensen —dice— por lo pronto en esta extraña pretensión que ha tenido nuestro país de ser un país cristiano, europeo, occidental. Había todas las razones para no serlo. Se dice que España es el país menos europeo de Europa y es cierto en alguna medida. España ha tenido a los árabes durante más de siete siglos en su territorio y esto, evidentemente, ha menguado su europeidad, como, en otro sentido, España es el país más europeo de todos, porque los demás países son europeos, simplemente porque lo son —porque, ¿qué van a ser?— y España lo es, porque se ha obstinado en serlo, porque, contra toda razón, se empeñó en serlo. España ha sido un país europeo a la fuerza, y esto tiene sus inconvenientes. La fricción interna indiscutible, aunque localizada de las tres castas: cristianos, judíos, moros; la expansión del siglo XVI, la fabulosa eficacia exterior de España en el siglo XVI, mientras la vida interior española es precaria. Es algo sumamente inquietante lo que los europeos decían de España en el siglo XVI —ese pueblo frío, astuto, calculador, eficaz, formidable—, mientras cuando leemos a los autores españoles y vemos lo que pasaba en España nos parece que era algo terrible, desorganizado, pobre, menesteroso. ¿En qué quedamos?

Las señas de identidad de los españoles, han sido analizadas por nuestros más relevantes filósofos e historiadores: Ortega y Gasset, Julián Marías, Laín Entralgo, Américo Castro, Sánchez Albornoz, Menéndez Pidal, etc.

Se aduce como características peculiares del español, esto es, como rasgos de nuestra identidad, las siguientes.

La sobriedad

Según Unamuno el espíritu áspero y seco de nuestro pueblo, sin transiciones, sin términos medios, está en conexión íntima con el paisaje y el terruño de la altiplanicie central, duro de líneas, desnudo de árboles, de horizonte ilimitado, de luz cegadora, clima extremado, sin tibiezas dulces.

Trogo Pompeyo decía a este respecto que el hispano tiene el cuerpo dispuesto para la abstinencia y el trabajo, para la dura y recia sobriedad en todo: *dura omnibus et adstricta parsimonia*.

Recuerda Menéndez Pidal que durante los siglos en que afluan a la península todos los metales preciosos del Nuevo Mundo, los extranjeros encuentran nuestras casas amuebladas más modestamente que las francesas; las comidas muy parcas; incómodas las aulas universitarias donde los estudiantes tienen que escribir sobre las rodillas; nuestros mesones son inhospitalarios; la urbanización de Madrid muy deficiente, lo

cual tenía preocupado a Felipe II...; un tipo de vida, en fin, poco esmerado en la comodidad.

La idealidad

Sostiene Menéndez Pidal que la idealidad es una seña de identidad española. Añadiendo que, para el hispano, la vida no es el supremo bien. Hay notas singulares que los autores de la antigüedad nos transmiten como propias de los pueblos hispanos; Tito Livio, refiere que cuando los iberos del norte del Ebro fueron por Catón constreñidos a desarmarse, muchos se suicidaron, pues, en su fiereza, tenían por nada la vida sin las armas.

La vida no es el supremo bien, el antiguo hispano pierde la vida con entusiasmo patriótico, como los cántabros en la cruz y los numantinos en suicidio colectivo; la pierde por cumplir los altos deberes de fidelidad, no sólo individual, sino también ciudadana e internacional, como en el sacrificio de Sagunto; en estos y en los demás casos no sabremos concretamente a que principios religiosos, políticos, o sociales responde ese preferir la muerte a otros daños, sobre todo la pérdida de la libertad.

El individualismo

El español, por regla general, es poco solidario. Tiene poco desarrollado el sentimiento colectivo. Primero es él, luego es él, y después él.

Afirma Menéndez Pidal que el español propende a no sentir la solidaridad social, sino tan sólo en cuanto a las ventajas inmediatas, desatendiendo las indirectas, mediatas y lejanas. De ahí que tenga bastante indiferencia por el interés general, deficiente comprensión de la colectividad, en contraste con la viva percepción del caso inmediato individual, no sólo el propio, sino igualmente el ajeno.

El pesimismo

Desde el inicio de la decadencia española y, sobre todo, desde la desaparición del Imperio, en el primer tercio del siglo XIX, y la posterior pérdida de Cuba y Filipinas en 1898, —últimos flecos de aquél—, el español ha devenido en un ciudadano falto de ilusión, carente de esperanza en el futuro y, en definitiva, pesimista.

Sostiene Julián Marías que el español, a lo largo de los siglos tiene una quejumbre permanente y general. Si el hombre del norte de Europa o de América espera un tranvía o un autobús, bajo la lluvia, y éste no llega, se impacienta; es posible que murmure reniegos contra la compañía; más

probable, que le escriba una carta de protesta; su reacción no va más allá. El español apenas se preocupa del autobús, desde luego no de la organización de la cual depende, su comentario va inmediatamente más lejos: «En este país nada funciona». Es muy frecuente entre españoles el entusiasmo abstracto por España —lo mejor del mundo— unido a la hostilidad concreta a todos sus contenidos: nada español les parece bien.

El aislamiento

Si bien es cierto que los españoles cada día viajamos más —a medida que se ha elevado paulatinamente nuestro nivel de vida—, no es menos cierto, a juicio de Menéndez Pidal, que la sobriedad hispana, poco curiosa de novedades, se inclina a desentenderse de las corrientes espirituales que privan en los países extranjeros más adelantados. De ahí que los españoles se oponen entre sí muy empeñadamente, unos en propender al aislamiento respecto al exterior, otros, por el contrario, en considerar como necesaria una activa comunicación intelectual con los demás pueblos que van al frente de la cultura.

El particularismo

Afirma el genial filósofo madrileño Ortega y Gasset que la esencia del particularismo es que cada grupo deja de sentirse a sí mismo como parte y, en consecuencia, deja de compartir los sentimientos de los demás. No le importan las esperanzas o necesidades de los otros y no se solidariza con ellos para auxiliarlos en su afán.

¿En qué consiste realmente el particularismo español? Ortega lo clarifica magistralmente, subrayando que se presenta siempre que en una clase o gremio, por una u otra causa, se produce la ilusión intelectual de creer que las demás clases no existen como plenas realidades sociales o, cuanto menos, que no merecen existir. Dicho aún más simplemente: particularismo es aquel estado de espíritu en que creemos no tener por qué contar con los demás. Unas veces, por excesiva estimación de nosotros mismos, otras por excesivo menosprecio del prójimo, perdemos la noción de nuestros propios límites y comenzamos a sentirnos todos independientes. Contar con los demás supone percibir, si no nuestra subordinación a ellos, por lo menos la mutua dependencia y coordinación en que con ellos vivimos.

Sentido anarquizante

Laín Entralgo ha destacado la acusada significación que, respecto a la singularidad y la gravedad de las tensiones socioeconómicas en la vida española, ha tenido la vigorosa orientación anarquista o anarquizante, que, ya desde el último tercio del siglo XIX, adoptó la lucha reivindicativa de

buen parte de nuestro proletariado. Si bien es cierto que el sindicalismo anarquista perdió peso y predicamento en la sociedad española, no es menos cierto que el espíritu «anarquizante» late subliminalmente en la conciencia de muchos españoles.

Inutilarismo

El español tiene poco sentido práctico de la vida. Escasea por doquier el pragmatismo, del que hacen gala otros pueblos como el británico; el estadounidense, etc.

Según Julián Marías, el español tiene un relativo, pero considerable, inutilarismo. No quiere esto decir que sea «idealista», ni tampoco que no haya un número crecido de individuos que se mueven principalmente por los estímulos del más sórdido interés. Pero las consideraciones económicas no son las primarias para la gran mayoría, y aún aquellos que actúan así en las grandes líneas de su conducta, lo «olvidan» en el detalle de ella; es decir, precisamente en la vida cotidiana, porque las formas vigentes de la sociedad española tienen otro carácter. Es muy difícil para un español plantear las cosas en términos estrictos de economía, yo diría que porque la actitud «económica» continuada le produce una extraña fatiga. Por ello infringe constantemente las normas de lo que dispone una «buena economía».

La improvisación

El español gusta de la improvisación. Le horroriza, por lo general, la planificación previa; prefiere hacer las cosas «a su aire», sin más cortapisas. Proviene esta «filosofía», tanto de una concepción anarquizante, como de su desmesurado afán de libertad y excesivo individualismo.

Para Julián Marías, el español, a pesar de los pesares, no está aún «prefabricado»; en una buena medida imprevisible; deja un considerable campo a la espontaneidad, a sus caprichos, hasta a sus humores. Bastaría una pequeña torsión hacia lo alto para que esas capacidades se orientaran hacia sus ilusiones, proyectos, empresas.

Preario sentimiento nacional

El español es uno de los ciudadanos europeos que tiene más hipervalorizados el sentimiento localista y regionalista, en detrimento de su afecto a la Nación. La forja de la unidad española, a finales del siglo XV y primeros del XVI, —partiendo de reinos distintos—, explica, en parte, ese arraigo territorial, al que se suma el nacionalismo separatista decimonónico, que pone en cuestión la españolidad de ciertos territorios periféricos.

Para Laín Entralgo la existencia de lenguas vernáculas, poco o nada inteligibles para los que sólo hablan el idioma común, es el primero y más notorio de los elementos tensionales de nuestra diversidad regional. El primero, pero no el único. En rigor, todo elemento propio de una cultura regional puede hacerse causa de tensiones enojosas cuando los titulares lo practican y ostenta como posesión exclusiva y no compartible, como forma de vida que para los demás es y tiene que seguir siendo rigurosamente ajena.

Según Ortega y Gasset la raíz de la descomposición nacional está, como es lógico, en el alma misma de nuestro pueblo. Puede darse el caso de que una sociedad sucumba víctima de catástrofes accidentales en las que no le toca responsabilidad alguna. Pero la norma histórica, que en el caso español se cumple, es que los pueblos degeneran por defectos íntimos. Trátese de un hombre o trátese de una nación, su destino vital depende de cuáles sean sus sentimientos radicales y las predisposiciones afectivas de su carácter.

En definitiva, la conciencia nacional, la unidad nacional, la voluntad de defensa, salen perjudicadas, por el precario sentimiento nacional que anida en bastantes españoles.

Como afirma Menéndez Pidal, no es sólo la pugna del espíritu localista contra el unitarismo lo que debilita la cohesión nacional; hay que tener en cuenta la insólita vehemencia con que la diversidad de ideología política separa a unos españoles de otros, quebrando la unidad moral de la colectividad.

¿Cabe alguna esperanza de que los rasgos identificadores del pueblo español sean mejorables con el paso del tiempo? Sin duda alguna. Es preciso para ello elevar el nivel cultural del mismo. Más formación integral, más cultura, más información, más educación. Los poderes públicos, y la sociedad pueden hacer mucho al respecto.

Como recuerda Ortega y Gasset cambios políticos, mutación en las formas del gobierno, leyes novísimas, todo será perfectamente ineficaz si el temperamento del español medio no hace un viraje sobre sí mismo y convierte su moralidad.

¿Cuál es, pues, la condición suma? El reconocimiento de que la misión de las masas no es otra que seguir a los mejores, en vez de pretender suplantarlos.